

ROSA DíEZ

LOS AVENTUREROS

CUERDOS

OCHO AÑOS DE REBELIÓN MAGENTA



Los aventureros cuerdos

Rosa Díez

Ocho años de rebelión magenta

ediciones península

© Rosa Díez González, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B-6.411-2016
ISBN: 978-84-9942-503-0

ÍNDICE

Prefacio	9
1. Soñamos un país e hicimos un partido: así nació UPyD	13
2. Hacer posible lo que es necesario	21
3. Nuestro diagnóstico sobre la España de 2007	29
4. Rompiendo tabúes: en contra de los privilegios fiscales del País Vasco y Navarra	39
5. Comienza la conspiración en Cataluña	45
6. El TC legaliza Bildu y ETA declara el fin de la actividad armada	59
7. Así se hunde la economía; así se entierran los derechos sociales; así nos cambiaron la Constitución	69
8. Entramos en el Parlamento Vasco, el Parlamento Europeo y la Asamblea de Madrid	79
9. Guerra sin cuartel a la corrupción	85
10. Nueva vuelta de tuerca en la lucha contra la corrupción	93
11. El avance de la pulsión secesionista y sediciosa del nacionalismo catalán	101
12. La democracia española, en quiebra	115
13. La abdicación de Juan Carlos I	121
14. «Os aplastaremos como a una nuez»	125
15. Y decidieron crear un complemento político para mantener el <i>statu quo</i>	133

ÍNDICE

16. La apertura del mapa político: el <i>establishment</i> se alarma	141
17. De cómo minar un proyecto político y destruir una reputación personal	151
18. Guerra de guerrillas dentro de UPyD	157
19. La «negociación» con Ciudadanos: el perfecto Mac-Guffin	165
20. Éxito en Andalucía de la «operación complemento»	171
21. Elecciones autonómicas y municipales: la profecía autocumplida	181
22. Un portavoz llamado Andrés Herzog	191
23. Las elecciones dejan a UPyD fuera del Congreso	203
24. Dios salve a los guerreros que son fieles a su pueblo	213

I

SOÑAMOS UN PAÍS E HICIMOS UN PARTIDO: ASÍ NACIÓ UPYD

La aventura podrá ser loca, pero el aventurero,
para llevarla a cabo, ha de ser cuerdo.

G. K. CHESTERTON

Era el año 2007 y en España gobernaba un feliz Partido Socialista dirigido por José Luis Rodríguez Zapatero. Para entender la situación en la que se encuentra la España de hoy hemos de remontarnos a lo que ocurrió en el primer mandato de la era Zapatero. Porque lo peor pasó mientras la clase económica, mediática, sindical y política del país le reía las gracias al presidente del «cambio tranquilo». Lo peor pasó mientras los barones del Partido Socialista se las prometían felices y el jefe de filas hacía trizas todo el legado de la Transición.

Lo primero que hizo Zapatero cuando llegó al Gobierno fue poner en cuestión y quebrar todos los consensos que constituyeron la clave de la Transición y el asentamiento de la democracia en España. Lo peor pasó sin que apenas nadie levantara la voz mientras Zapatero (el presidente de la sonrisa permanente que presumía de tener baraka) proponía leyes para romper todo acuerdo construido con el compromiso de no volver a enfrentarnos entre españoles. El modelo territorial del Estado, la política de alianzas europea y la política antiterrorista dejaron de ser cuestiones de Estado para pasar a ser consideradas estrategias ideológicas y de partido. Fue una época en la que los pactos se trabaron entre los que no creen en España

como nación y quien ostentaba la titularidad del Gobierno de España. Fue la época en la que se puso en valor el «todo vale» o el «como sea» para ganar en las Cortes una votación que volviera a evidenciar la imagen dolorosa de las dos Españas.

En esa primera legislatura de Zapatero fue cuando nos perdimos (y nos perdieron) el respeto. Entonces empezó la verdadera cuesta abajo de nuestro país. Fue durante ese tiempo cuando tiramos a la basura la mayor parte de lo logrado tras la muerte de Franco; fue entonces cuando se empezó a negar el valor de la Transición, la Constitución, el reencuentro, lo que nos une a los españoles. Nada de lo verdaderamente importante quedó en pie en ese periodo en el que se legisló para buscar la diferencia con el pretexto de subir al tren a unos pocos a costa de expulsar a la mayoría de los que viajábamos juntos.

Empeñado en negar al padre, Zapatero buscó nuevos socios en Europa (eje con Francia frente al eje Alemania y Reino Unido) y nuevos socios en España. Y a la vez y de forma inédita, el modelo territorial del Estado empezó a reformularse de común acuerdo con partidos políticos que ni siquiera creen en el Estado español (partidos nacionalistas que defienden que su territorio es una nación y por tanto tiene derecho a un Estado propio); y el pacto en el que se asentaba la política antiterrorista y que tan positivos resultados había producido para derrotar a ETA se revisó para buscar el acuerdo en esa materia con quienes durante toda la democracia consideraron que los terroristas, aunque «no tienen razón», sí que «tienen sus razones».

Mientras se rompían todos los consensos políticos que nos habían permitido transitar desde la dictadura a la democracia y se metía al país en una aventura de incierto desenlace (nuevos Estatutos de Autonomía, con cuerpo de estatuto pero alma de Constitución, y una estrategia antiterrorista cuyo «éxito» dependía de la decisión de los propios terroristas, que llevaban la iniciativa política), España se había adentrado en una profunda crisis económica que apenas nadie se atrevía aún a señalar.

Cierto que ya entonces se publicaban algunos informes de expertos y estudios académicos en los que se señalaba la debilidad de nuestra economía y los riesgos crecientes de la burbuja de la construcción en la que se había basado el crecimiento de nuestro país en los últimos años. Pero la España política se desenvolvía al margen de esas alarmas. Nuestros gobernantes (y por supuesto los sindicatos, la patronal y el principal partido de la oposición) seguían comportándose como si aquí no pasara nada. Y Zapatero continuaba alardeando de una economía en la Champions y proclamaba por el mundo la solidez de nuestro sistema económico y, ¡ojo!, la ejemplaridad de nuestro sistema financiero.

Lo que ha ocurrido después en España no ha sido sino la consecuencia lógica de todo lo que se hizo en esa legislatura para romper la convivencia entre españoles y nuestra fuerza como sociedad y como país. Es verdad que la crisis económica que estalló con toda su crudeza en la segunda legislatura de Zapatero fue la que hizo perder las elecciones a ese gobernante perplejo; pero la catástrofe ya estaba entre nosotros cuando las cifras económicas aún arrojaban saldo positivo.

Como señalamos cuando se creó UPyD, la crisis económica no era lo peor que ocurría en España. Nuestro hecho diferencial, lo que ha fallado en nuestro país y lo que está en una profunda crisis ha sido y es la política. La gran traición de Zapatero a la democracia que le hizo presidente fue que por adanismo, por jugar a ser el «estadista» que protagonizara la segunda Transición, liquidó la incipiente comunidad política española. Ciertamente es que pudo hacerlo porque España es una democracia imberbe, sin cuajo suficiente, con una débil vertebración civil, sin memoria democrática, demasiado joven para organizarse ante los poderosos. Una sociedad que vivía por encima de sus posibilidades y prefería creer a los cuentistas que a quienes alertaban sobre las graves consecuencias de romper nuestra comunidad democrática.

Mientras Zapatero seguía abriendo una vía de agua en nuestro entramado institucional, crecía la desigualdad entre españoles y se aceleraba la ruptura de los vínculos entre territorios y generaciones. El debate sobre los derechos de los gallegos, los vascos, los aragoneses, los andaluces, los madrileños... ocupaba todo el espacio y todo el discurso político. La apelación a la diversidad se había convertido en un valor absoluto y la reivindicación de la unidad en igualdad entre españoles era considerada sospechosa. Así llegó el momento en el que ya apenas nadie hablaba de España, de lo común; y el reforzamiento de la incipiente ciudadanía española, que apenas había tenido una oportunidad en nuestra joven democracia, parecía haber pasado a mejor vida.

Lo que ocurrió en España durante esa primera legislatura de Zapatero al frente del Gobierno hubiera resultado imposible en cualquier democracia del mundo, en cualquier país serio de nuestro entorno. Ningún país está a salvo de que llegue al poder un gobernante iluminado, un salvador. Pero las democracias serias tienen contrapoderes que actúan y protegen el interés general si los responsables de defender los valores comunes, ya sea desde el Gobierno y/o desde la oposición, pierden la cabeza. Piensen en Francia, en Alemania, en el Reino Unido, en Estados Unidos... E imagínense que llega al Gobierno un tipo dispuesto a romper unilateralmente la tradición republicana, la unión entre alemanes, el atlantismo, los principios de la Constitución norteamericana... Ni con mayorías absolutas en las cámaras hubiera podido hacerlo; porque detrás de todos esos nombres propios hay ciudadanía, hay sentido de país, hay ambición de futuro.

Fue en ese momento, cuando lo peor estaba pasando aunque nadie escribiera sobre ello, cuando volvía a aparecer el discurso de las dos Españas que tanto habíamos luchado por enterrar, cuando un pequeño grupo de ciudadanos, casi todos vascos y que nos habíamos conocido trabajando en el colectivo

cívico ¡Basta Ya!, tomamos la decisión de crear un partido político con el objetivo de defender el Estado y regenerar la democracia. Un partido que supusiera una alternativa política real al viejo bipartidismo que, tras treinta años de democracia, se había mostrado agotado e incapaz de afrontar los retos y las exigencias de la nueva sociedad.

En realidad fundamos el partido siguiendo la misma lógica con la que fundamos ¡Basta Ya!: llegamos a la conclusión de que no quedaba otro remedio. Cuando se constituyó ¡Basta Ya! existían en Euskadi varias asociaciones de víctimas y grupos pacifistas que se oponían a ETA. Los demócratas españoles salíamos a la calle —por fin y tras años de silencio— cada vez que ETA perpetraba un asesinato y nos manifestábamos semanalmente exigiendo la libertad de los secuestrados por los terroristas. Los demócratas vascos habíamos aprendido a llorar juntos, habíamos identificado al enemigo, se había roto el silencio. Pero aún nadie se había atrevido a reivindicar en positivo lo que nos unía. Por eso nació ¡Basta Ya!: para defender en las calles de Euskadi la libertad y la democracia; para decir alto y claro que el terrorismo era el culpable, pero que la comprensión política del nacionalismo institucional hacia ese mundo totalitario y cruel, la distinción permanente que hacían entre los fines de los terroristas y los medios que utilizaban, los había convertido en cómplices.

También nos llamaron locos a los fundadores de ¡Basta Ya! Locos por querer sacar a la gente a las calles de Euskadi al margen de la tutela de los partidos políticos; locos por convocar a los ciudadanos tras una pancarta en la que ponía «Constitución y Estatuto»; locos por llamar a los ciudadanos de toda España a concentrarse en el País Vasco en defensa de la democracia y de sus leyes; locos por querer demostrar que los ciudadanos podíamos caminar juntos al margen de nuestras respectivas ideologías para sentirnos mayoría, para reír unidos los que ya habíamos aprendido a llorar juntos en las calles vascas.

No hicimos caso a los profetas del fracaso y de la vieja política que nos advertían sobre lo imposible de esa aventura; y tuvimos éxito en nuestro empeño. Y cientos de miles de españoles se sintieron convocados y representados por aquel movimiento cívico que salió a la calle sin complejos, consciente de que el único riesgo que asumíamos era ganar. Y ganamos el espacio político de las calles vascas reservado hasta la fecha para funerales o para las algaradas de los violentos y sus cómplices. Quienes pusimos en marcha ¡Basta Ya! lo hicimos porque y cuando llegamos a la conclusión de que había que hacerlo. Y a partir de ese momento nada volvió a ser igual en la política vasca y en la batalla contra el terrorismo.

Esa misma forma de pensar y actuar nos llevó a fundar Unión, Progreso y Democracia (UPyD). Todas las personas que pusimos en marcha este partido teníamos una ocupación, teníamos nuestras familias, nuestros amigos, nuestra vida... Todos llevábamos tiempo preocupados por lo que sucedía en España, por la ruptura de la vertebración social, económica y política y por la incapacidad de los partidos viejos de enfrentarse a esos problemas. Tomamos la decisión de formar este partido político porque llegamos a la conclusión de que en España hacía falta que alguien defendiera el Estado, porque ni el PP ni el PSOE eran ya capaces de hacerlo.

Y es que el Partido Socialista dejó de ser un partido nacional que vertebrara España a través de sus instituciones desde que José Luis Rodríguez Zapatero asumió el liderazgo. Su apuesta estratégica por la ruptura de lo común, de los grandes pactos de Estado que habían sido los instrumentos fundamentales para hacer la Transición y para construir la democracia adquirió tintes de riesgo cuando el PSOE ganó las elecciones en 2004 y promovió institucionalmente esa cultura de ruptura, de borrón y cuenta nueva. Y el Partido Popular, lejos de constituirse en alternativa política y liderar la defensa del Estado, cayó en la misma deriva; probablemente lo hicieron por una

apuesta táctica, cargada de complejos ideológicos y de hipotecas territoriales; y para ganar las elecciones de la misma manera que lo había hecho Zapatero, rompiendo los consensos básicos de la Transición. Pero eso es lo de menos; porque la suma de esa táctica y esa estrategia (las del PP y PSOE) confirmaron la necesidad de un partido como el nuestro.

O sea que fundamos UPyD porque no nos quedó otro remedio. Porque en España hacía falta un partido político que defendiera en la plaza pública y en las instituciones políticas los valores comunes; un partido político que rompiera tabúes, que se rebelara contra el inmovilismo y el *statu quo*; que hiciera propuestas para regenerar la democracia, para devolver a los ciudadanos la confianza en la política y en los partidos políticos. Un partido político que defendiera sin complejos la idea de España y el patriotismo constitucional, que no es otra cosas, que la defensa de lo común frente a quienes hacen negocio enfatizando lo que nos diferencia. Un partido político inequívocamente nacional, laico, progresista y transversal, libre de hipotecas y de tutelas y con autonomía para defender lo que nos une como ciudadanos españoles.

Nacimos para desideologizar la defensa de lo obvio. Pensamos un país más libre y más justo, un país en el que fuera posible hacer otra política y hacer política de otra manera. Pensamos en un partido político que defendiera el Estado, o sea, la igualdad entre españoles. Pensamos ese país y ese partido... Y fundamos UPyD.

Los acontecimientos vividos en España desde que tomamos la decisión de fundar UPyD y nuestra peripecia política y vital no hacen sino confirmar la necesidad de que entrara en la escena pública una fuerza política como la nuestra; un partido que se atreviera a cuestionar y romper esa dinámica perversa a que nos tenían condenados las dos grandes formaciones políticas españolas, el Partido Socialista y el Partido Popular, cuya única obsesión era —y es— mantener el *statu quo* para que no

cambie nada y para que el uno y el otro (o los bloques que los sustituyan temporalmente) tengan garantizada su alternancia sucesiva en el poder.

De eso va este libro: de cómo ha cambiado la historia de España en estos últimos ocho años y de cómo este pequeño partido político ha sido promotor y actor principal de ese cambio. Fernando Savater lo concretó a la semana de nuestro nacimiento ante un grupo de corresponsales extranjeros que se extrañaban de que un filósofo y unos cuantos «aventureros» tuvieran la osadía de poner en marcha un partido político nacional: «Es como en la película *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin. De un camión se cae un trapo rojo colgado en una viga; él baja de la acera, lo recoge y, alzándolo, se pone a caminar por el centro de la calzada... Y de una calle adyacente sale una multitud que grita ¡Libertad! Y siguen a aquel hombre que porta un trapo rojo a modo de bandera...». A veces es suficiente alzar una bandera para encontrar un ejército dispuesto a luchar por lo que ella representa. UPyD nació para levantar esa bandera de regeneración democrática y cambio político que España necesita.